

P. E. Caquet

Campanadas de traición

Cómo Gran Bretaña y Francia
entregaron Checoslovaquia a Hitler



A su regreso de Alemania el 30 de septiembre de 1938, tras haber firmado un acuerdo con Hitler sobre la anexión de Checoslovaquia, Neville Chamberlain se dirigió a una multitudinaria audiencia británica: «Queridos amigos: Creo que hemos logrado la paz para nuestros días. Id a casa y disfrutad de un feliz sueño. –Winston Churchill contestó–: Habéis elegido la deshonra y os enfrentaréis a la guerra».

La historia de los acontecimientos que llevaron al acuerdo de Múnich y sus consecuencias nunca se había contado desde el punto de vista del pueblo checoslovaco. Basándose en fuentes no consultadas hasta ahora, incluyendo prensa, memorias, diarios privados, planes del ejército, archivos de los gabinetes y grabaciones radiofónicas, P. E. Caquet presenta uno de los episodios más vergonzantes de la historia moderna europea. Entre las revelaciones más impactantes se encuentran las cifras del arsenal armamentístico y de las fuerzas militares francesas y checoslovacas antes de Múnich: la supremacía de Alemania era una mera apariencia y, por tanto, la política de apaciguamiento fue innecesaria.

Estamos ante un emocionante relato de intriga diplomática, quizás lo más cercano a un drama moral que puede suministrar la historia. El gobierno checoslovaco era una Cassandra en su propio país, el único que pudo ver la amenaza de Hitler de forma realista y comprender que los intentos de apaciguamiento eran tan desastrosos como finalmente resultaron ser.

En su devastador análisis, Caquet rememora la lucha estéril de Checoslovaquia contra su aniquilación y la complacencia con la que actuaron los que supuestamente eran sus aliados.

Basándose en fuentes no consultadas hasta ahora, incluyendo prensa, memorias, diarios privados, planes del ejército, archivos de los gabinetes y grabaciones radiofónicas.

«Suenan y suenan las campanas de la traición.
¿De quién son esas manos que las han tocado?
De la dulce Francia y de la fiera Albión, y a las
dos hemos amado».

FRANTIŠEK HALAS, *Zpěv Úzkosti*

Advertencia del autor sobre los nombres de las ciudades y su traducción

Muchas de las ciudades y de los pueblos citados a continuación tienen un nombre tanto en alemán como en checo en el momento histórico del que se trata. Este libro usa nombres checos tanto por coherencia como porque son los mismos nombres que se pueden encontrar hoy en día. Las únicas excepciones son las de lugares que tienen un nombre comúnmente aceptado y reconocido, como Praga, Carlsbad o Marienbad. Muchas de las citas del texto proceden de originales en checo, eslovaco, francés o alemán. Salvo que se indique lo contrario, la traducción es del autor.

1

La mirada de la boa

El sábado 12 de marzo de 1938, el embajador checoslovaco en Londres, Jan Masaryk, se reunió con Lord Halifax, que había sido nombrado recientemente ministro de Asuntos Exteriores. El tema era urgente: mientras ellos hablaban, las tropas alemanas marchaban ya por territorio austriaco y avanzaban hacia Viena. Finalmente, Hitler había emprendido el *Anschluss*, la anexión de su pequeño vecino alpino planificada durante mucho tiempo: su ejército había atravesado la frontera germano-austriaca durante la noche. Las cancillerías europeas aún no habían reaccionado y no estaban claras las consecuencias que tendría la acción. No cabía duda de que Checoslovaquia se vería implicada, ya fuese como partícipe en una hipotética intervención, como mera observadora interesada en lo que estaba pasando más allá de su frontera sur, o como objeto de la futura expansión alemana. Masaryk temía que aquello sólo fuera un primer paso. Esperaba poder convencer a su interlocutor de que advirtiese con firmeza a Hitler y así prevenir cualquier tentativa contra su país.

HALIFAX: «Me he enterado de muchas cosas en los últimos días, pero no quiero perder la esperanza de que alguna vez sea posible el diálogo con los alemanes.

MASARYK: Sí. Cuando dominen Europa. Hasta entonces sólo es posible un diálogo armado.

HALIFAX: ¿Usted cree?

MASARYK: Estoy convencido.

HALIFAX: Soy nuevo en el cargo. Antes sólo veía las cosas desde lejos, y ni siquiera cuando fui a Berchtesgaden comprendí la complejidad de la situación como la comprendo ahora. Aunque tengo entendido que Goering le ha asegurado a Mastný [el embajador checoslovaco en Berlín] que no tienen planeado nada contra Checoslovaquia. ¿Qué valor le atribuye a eso?

MASARYK: Es una verdad provisional. Incluso la boa constrictora, después de comer, necesita unas semanas para hacer la digestión, y el festín de hoy ha sido digno de Lúculo.

HALIFAX: Probablemente esté usted en lo cierto. Me dice usted que necesita algún gesto de apoyo moral. Me gustaría mucho ayudarle, pero no sé qué puedo hacer^[1].

Halifax era un conservador educado en Eton y Oxford que durante su larga carrera política había ocupado varios cargos ministeriales, pero cuyo único periodo en el extranjero había sido como virrey de la India. Debía su ascenso al deseo de su primer ministro, Neville Chamberlain, de controlar directamente la política exterior. Un mes antes, su predecesor en el Ministerio de Asuntos Exteriores, Anthony Eden, había dimitido bajo una nube de sospechas, dejando su puesto disponible para alguien con menos experiencia y, por lo tanto, más dócil.

Masaryk representaba las preocupaciones de su pequeña nación en el siglo XX. Hijo de Tomáš Garrigue Masaryk, fundador de la República, Jan fue un joven impulsivo. Antes de la Primera Guerra Mundial, emigró a Estados Unidos, donde vivió en la pobreza. Cuando regresó, se alistó en el ejército de los Habsburgo, donde ascendió a teniente y consiguió una medalla al valor. Después de la Gran Guerra, con su padre convertido en presidente de una nueva Checoslovaquia, Masaryk se embarcó con energías renovadas en la carrera diplomática. Gracias a sus aventuras en Estados Unidos y a un breve matrimonio con una mujer americana, presumía de «un dominio fantástico de todos y cada uno de los matices del inglés; de

sus sutilezas y del argot, de sus blasfemias y de sus jergas, tanto en su variante británica como en la americana»^[2]. Apodado a veces «el *playboy* de occidente», podía ser al mismo tiempo encantador, impaciente y directo. Quizás fue esta última cualidad la que le resultó más útil para atraer al indeciso pero austero lord anglocatólico británico que tenía como interlocutor^[3].

El lema de Checoslovaquia era «La verdad prevalece, – tomado del mártir religioso del siglo XV Jan Hus. A Masaryk le gustaba decir en broma–: La verdad prevalece, pero la tarea puede ser ardua»^[4]. ¿Cómo de ardua sería la tarea de atraer a Halifax a la causa checoslovaca? En noviembre, a título personal, Halifax había visitado Berlín y Berchtesgaden. El pretexto fue una exposición de caza organizada en la capital germana. Homenajeado por dignatarios nazis, el futuro ministro de Exteriores «había posado ante una gran cornamenta y se le otorgó en broma el título de “Lord Halifax”, por el nombre que se da al grito de caza». La visita a la residencia de Hitler en las montañas fue más incómoda: el *Führer*, que sentía una gran empatía hacia los animales, había despotricado a partes iguales contra la exposición y contra la caza, y había propuesto sarcásticamente que «para combatir el aburrimiento, hiciesen una fraternal visita a un matadero». A sus espaldas, llamaba a su huésped «el párroco inglés. –Pese a todo, Halifax fue capaz de transmitir, en privado, el mensaje que había ido a comunicar–: Danzig, Austria, Checoslovaquia [...] No estamos necesariamente interesados en defender el *statu quo* actual, pero sí en evitar que el trato que se les dé acabe, con toda probabilidad, generando problemas. Si se alcanzara una solución razonable, ante todo con el consentimiento libre y voluntario de los implicados, nosotros no tendríamos ningún deseo de obstaculizarlo»^[5]. En otras palabras, después de veinte años de estabilidad, se abría la puerta a una revisión de las fronteras.

La República Checoslovaca nació durante los últimos días de la Primera Guerra Mundial, cuando el Imperio de los Habsburgo, tras haber firmado la paz, se estaba viniendo abajo. El 28 de octubre de 1918, un consejo formado por distintos partidos nacionales tomó el control y proclamó la independencia en Praga. En todo el país se prodigaron los pronunciamientos revolucionarios. Dos días después sucedió lo mismo en Eslovaquia, donde un grupo de diputados proclamó su unión con los checos en la pequeña ciudad de Turčiansky Svätý Martin. En un mes, las agrupaciones de consejos se habían constituido como Parlamento provisional y habían redactado una constitución. En el exterior, un gobierno en el exilio liderado por el filósofo y político Tomáš Masaryk y su socio cercano, Edvard Beneš, se había granjeado el apoyo de los aliados. Antes de terminar el año, el nuevo Parlamento eligió a Masaryk como primer presidente de la República.

Al principio, el país dependía del Tratado de Versalles para la legitimación de sus fronteras y en especial para la de la frontera eslovaca, que fue atacada por Hungría en 1919. Sin embargo, en 1938 la República dependía de una red de alianzas. La principal era un pacto con Francia según el cual cada parte se comprometía a apoyar a la otra en caso de ataque alemán. En 1935, Checoslovaquia también había firmado un acuerdo de defensa con la Unión Soviética, y una de sus cláusulas era que los soviéticos sólo estarían obligados a intervenir si Francia cumplía primero su compromiso.

Entre sus vecinos más cercanos, Checoslovaquia tenía una relación débil tanto con Polonia como con Hungría. Los polacos, aunque aliados muy fieles de los franceses, no estaban en la mejor disposición. Creían que Edvard Beneš había conseguido un trato de favor en Versalles, apropiándose de territorios que deberían haber sido suyos (es-

pecialmente el enclave silesio de Teschen). Aparte de esto, Checoslovaquia era para ellos culpable de acoger a los liberales contrarios al dirigente autoritario polaco Józef Beck. Hungría, por su parte, consideraba que había sido aún más gravemente expoliada por la paz de Versalles. Contaba con una gran comunidad irredentista en Eslovaquia, que nunca dejó de abogar por la restauración del Imperio de los Habsburgo.

El segundo grupo de alianzas checoslovacas, conocidas como la Pequeña Entente, reunía a Checoslovaquia, Yugoslavia y Rumania. Creada en 1920, obligaba a cada uno de los tres a socorrer a los otros en caso de una agresión húngara. Para los checoslovacos, este acuerdo tenía el valor de protegerlos contra la eventualidad de un frente sudoriental, que habría dificultado mucho más la lucha contra Alemania. En 1938, la Pequeña Entente no era tan sólida como al principio: un cambio de liderazgo, con la regencia del príncipe Pablo y el primer ministro derechista Milan Stojadinović, había ayudado a Yugoslavia a mejorar sus relaciones con alemanes e italianos^[6]. Aun así, seguía estando vigente como bloque diplomático, sus miembros se reunían con regularidad y tanto Rumania como Yugoslavia reiterarían en múltiples ocasiones durante ese año su intención de ponerse del lado de Checoslovaquia en caso de conflicto.

Por otra parte, más allá de los vínculos diplomáticos, Checoslovaquia estaba unida a Gran Bretaña y a Francia por lazos ideológicos, culturales y económicos. La República abrazó normas, prácticas y valores democráticos en una parte de Europa en la que casi habían desaparecido. Desempeñó un papel activo en la Sociedad de Naciones e incluso, aunque la Sociedad hubiese perdido parte de su esplendor, Checoslovaquia estaba comprometida con los ideales de seguridad colectiva a los que franceses y británicos seguían vinculados. En 1935-1936, Beneš había ocupado el importante puesto de presidente de la Asamblea

de la Sociedad de Naciones, que era la cámara de debate, compuesta por los delegados de los Estados miembros.

Las empresas inglesas y francesas tenían importantes inversiones en la República. «Gran Bretaña y Francia concentraban la mayor parte de la inversión extranjera directa en Checoslovaquia (más de la mitad del total, según algunos cálculos)»^[7]. Las empresas británicas participaban en las industrias mineras y metalúrgicas y en los sectores del textil, el vidrio y la banca. La inversión directa francesa destacaba en ingeniería, acero y refinado del azúcar. Unilever producía la mayor parte del aceite vegetal del país, además de otros productos alimenticios^[8]. Prudential y British Overseas Bank eran inversores directos del Czech Union Bank, y Société Générale del Prague Credit Bank. ICI posea, además de las fábricas de fertilizantes, la mayor parte de Explosia, la fábrica de explosivos checoslovaca, en la que también participaban los franceses y otros inversores. The London Rothschilds era dueña del grueso de las acerías de Vitkovice, lo que les facilitaba una conexión especial con la empresa de defensa militar británica Vickers. De manera aún más significativa, la empresa francesa Schneider-Creusot tena una importante participación en las minas y fábricas de acero de Ostrava-Karvin  y en la fábrica  koda, el principal complejo armamentstico de Checoslovaquia y uno de los más grandes de Europa^[9].

Por último, desde sus comienzos, el ejército checoslovaco haba gozado de un vnculo cercano con el cuerpo de oficiales francés. Un equipo de cuarenta y cinco agentes al mando del general Maurice Pell  haba llegado a Praga con la misión de ayudar al ejército checoslovaco en su entrenamiento y organizaci n^[10]. En la década de 1930, el alto mando checoslovaco haba desarrollado su propia doctrina y sus propios planes, pero permanecía en Praga una misión militar francesa, y la estrategia global se acordaba y compartía con París. Gran parte de los soldados y oficiales checoslovacos procedían del ejército impe-

rial austriaco, pero un contingente importante venían de la legión, el grupo de combatientes que, como prisioneros de guerra liberados, se habían unido al bando de los aliados en la Primera Guerra Mundial, junto al que lucharon. La guardia del Castillo de Praga, dirigida por legionarios, aún llevaba los uniformes de los ejércitos con los que había luchado durante la Gran Guerra: «El *poilu* francés azul celeste con su boina azul oscura, el uniforme verde grisáceo de los italianos, con un sombrero de fieltro ladeado sobre la cabeza; el uniforme caqui de la Rusia imperial, con su casco de camuflaje»^[11].

En cuanto a Alemania, en la década de los años veinte y en los primeros años treinta fue uno de los vecinos más amigables de Checoslovaquia. Bajo la República de Weimar, fue una democracia leal que no le reclamaba nada a Checoslovaquia, ya que ésta no había nacido como una escisión del territorio alemán. Sin embargo, desde que Hitler llegó al poder, tanto él como los medios de comunicación controlados por los nazis sólo le dedicaron palabras poco amistosas. Checoslovaquia era aliada de los franceses y de la Unión Soviética y, militarmente hablando, era el Estado más fuerte de Europa central. La República, industrializada y bien armada, constituía un obstáculo para los planes de expansión de Hitler. La Pequeña Entente se oponía al deseo alemán de expansión hacia el sudeste, hacia los recursos agrícolas y petrolíferos de Rumania. En noviembre de 1937, Hitler convocó a un grupo de altos cargos militares y diplomáticos y les expresó sus planes de declarar la guerra a Austria y a Checoslovaquia. Checoslovaquia debía ser destruida. Aún había que ultimar los detalles, pero el objetivo era lograr *Lebensraum*, espacio vital para Alemania, así como alimentos para «cinco o seis millones de personas», después de que al menos dos millones de checos hubieran sido reubicados en Siberia o en Volhynia, un área pantanosa de Polonia^[12].

Según el cuadro que dibujó el corresponsal del *Daily Express*, Sydney Morrell, los hombres de Praga tenían los mejores sastres en Europa y las mujeres llevaban medias de seda. Se podía comprar zumo de tomate americano y tomar un desayuno inglés. Detrás de Hradčany, el área del Castillo, estaban las urbanizaciones modernas, con pistas de tenis en donde jugaban hombres y mujeres jóvenes, «figuras blancas dando saltos». En Barrandov podía visitarse el que estaba considerado como «el mejor restaurante al aire libre de Europa, con una piscina en lo que en su día fue una cantera»; pero la ciudad era famosa por las tabernas checas, dálmatas, húngaras y serbias, donde los gitanos tocaban música y las bandas canciones folclóricas. En la plaza de Wenceslao, la réplica praguense de los *Champs Elysées*, los periódicos se amontonaban alrededor de los quioscos. Las mujeres eslovacas, «vestidas de campesinas, algunas de ellas con faldas de volantes por debajo de la rodilla», se sentaban en pequeños taburetes y vendían blusas bordadas y muñecas hechas a mano, o «quesos de leche de oveja con la forma de un huevo de cisne y casi igual de grandes, marrones por el humo de la chimenea en donde habían estados colgados». Había también vendedores de bananas, a una corona la pieza, entre otros vendedores ambulantes^[13].

El fundador del movimiento surrealista, el poeta francés André Breton, llamó a Praga la capital mágica de Europa. Los fotógrafos de la época muestran la plaza de Wenceslao llena de automóviles, relucientes carteles de neón y escaparates de cristal brillante alternándose con los motivos florales y bustos femeninos de los edificios de estilo neorrenacentista y *art nouveau*. La capital checoslovaca irradiaba en los años treinta el mismo encanto ecléctico que hoy día. Las líneas compactas y sencillas del puente de Carlos atraían ya entonces a los artistas y turistas que acudían a verlo, aunque circulara por él una línea de autobús. Lo mismo ocurría con la abigarrada fantasía de la pla-

za de la Ciudad Vieja, su ayuntamiento, aún intacto en ese momento, o el reloj hebreo cuyas manecillas se mueven en dirección contraria a la habitual, en una zona que aún estaba habitada por numerosos judíos.

Pero no toda Chequia era como Praga, ni mucho menos Checoslovaquia y, sin embargo, según la descripción de Morrell, Praga se las había arreglado para mezclar convenientemente novedad y tradición. Checoslovaquia, en el periodo de entreguerras, fue al mismo tiempo la Ruritania centroeuropea y uno de los países más avanzados del mundo. Algo más del 50 por ciento de las tierras checas estaban urbanizadas, un porcentaje similar al de Francia e incluso al de Alemania. Praga tenía cerca de un millón de habitantes y Bratislava unos ciento cincuenta mil, pero Eslovaquia era predominantemente rural^[14]. Al este, Rutenia, una pequeña zona montañosa, era una amalgama de identidades lingüísticas y nacionales, aún rústica y remota.

Ésta fue la época del funcionalismo arquitectónico checo, con sus fachadas simples y planas pintadas de blanco puro, sus ángulos agudos y su uso del cristal, a menudo en forma de grandes ventanales «horizontales». El movimiento había inspirado a la Bauhaus y a Le Corbusier. La arquitectura modernista de Praga, cuyo auge influyó en muchas otras ciudades, incluía los grandes almacenes Olympic de Jaromir Krejcar, un edificio con fachada de cristal «cuyos pisos superiores recordaban a la cubierta de un transatlántico, –y el palacio ferial de Josef Fuchs y Oldřich Tyls (Veletřini Palác)–, el primer edificio de varios pisos con un patio cubierto de cristal»^[15]. A nivel nacional, el porcentaje de propietarios de coches estaba entre el nivel medio de Europa central y el más elevado occidental. Dentro de la oferta nacional se encontraban los Pragas y los Škodas, así como el elegante y acondicionado sedán Tatra^[16]. Más de un millón de checoslovacos tenían aparatos de radio y contaban con una oferta de miles de publi-

caciones periódicas, así como películas rodadas en los estudios Barrandov^[17].

Pero para Hitler, además de un botín económico o un enclave estratégico, el país era también un vecino molesto cuya dinámica se oponía a sus propios ideales. Al fin y al cabo, fue Hitler quien cerró la escuela de arquitectura de la Bauhaus. Checoslovaquia era, además, un antagonista ideológico que daba refugio tanto a sus opositores políticos como a los que huían de sus purgas.

Kurt Grossmann era un ensayista y secretario de la Liga Alemana de los Derechos Humanos, además de veterano de la Primera Guerra Mundial. La mañana siguiente al incendio del Reichstag —el incidente que Hitler, poco después de llegar al poder, utilizó como excusa para deshacerse de los comunistas y los socialdemócratas—, una llamada amiga le alertó de que no fuera a su oficina en Berlín ni se quedara demasiado tiempo en casa. Grossmann se refugió en una cafetería y, una hora después, gracias a una conversación fortuita con un conocido, decidió dirigirse a Praga. Esperó a que le trajeran una maleta y doscientos marcos imperiales y tomó el tren que salía al mediodía. En la frontera, los guardias alemanes estuvieron a punto de detenerle, pero sus limitados medios parecían ser una garantía de su regreso, tenía el pasaporte en regla y no se necesitaba visado para entrar en Checoslovaquia. Esa misma tarde estaba en el andén de la estación de tren Masaryk, en el centro de Praga, su nuevo hogar^[18]. Grossmann fue sólo uno de los primeros de entre los muchos hombres y mujeres que saldrían del Reich, a menudo en circunstancias escalofrantes.

En la década de 1930, Checoslovaquia funcionó como primera escala para gran parte de las ciento cincuenta mil personas que huyeron del terror hitleriano. Aunque la mayoría continuaba su viaje —hacia Francia, Gran Bretaña, Estados Unidos, Palestina, e incluso hacia América Latina—, cerca de diez mil se quedaron y Checoslovaquia se convir-